

COSTUMBRES, TRADICIONES, ACONTECIMIENTOS Y ANÉCDOTAS DEL PASADO RECIENTE DE PUNTAGORDA. UNA MIRADA A NUESTRAS RAICES

Carlos Asterio Abreu Díaz - Elías Rodríguez Pérez

INTRODUCCIÓN

En este pintoresco espacio, el municipio de PUNTAGORDA (fig. 1) donde vivimos, trabajamos y vemos crecer a nuestros hijos y los de nuestros vecinos, hemos querido desarrollar y resaltar a través de la recopilación de las fuentes orales de las personas de mas edad del municipio, la historia y anécdotas de la gente que estuvo por aquí a principios del siglo XX. Cómo era su modo de vida, cómo desarrollaban los diferentes aspectos de su trabajo, su día a día para poder sobrevivir en el medio en el que se desenvolvían; en fin, queremos hacer un pequeño homenaje a toda esta gente puntagordera, a nuestras raíces, a nuestras tradiciones, costumbres y anécdotas.

Puntagorda es un pequeño municipio del noroeste de la isla de La Palma con una superficie de 31,2 Km². Su superficie parece un triángulo isósceles con la base en el mar y el vértice en la cumbre. Son sus linderos naturales: al norte el barranco Izcagua que lo separa del municipio de Garafía, al sur el barranco Garome que lo separa del municipio de Tijarafe, al este la cumbre que culmina en los Roques Chicos, llano La Boba y la montaña Mosquero, al oeste lo bordea el mar atlántico desde la punta La Arena en el barranco Izcagua hasta la baja Camariño en el barranco Garome. El municipio es, prácticamente, una ladera que baja desde los 2.200 mt de altura, en poco más de 12 km de recorrido horizontal, hasta los batientes del mar. Este municipio tiene un saliente, a modo de golfo, que está situado más hacia el oeste que cualquier otro punto de la geografía de la isla, por ello, Puntagorda es el último lugar donde se pone el sol en la isla de la Palma.

Su formación geológica es la más vieja de la isla y está dominado en su mayoría por todo tipo de rocas volcánicas. Su situación, a sotavento del alisio, la convierte en una zona soleada y árida aunque con precipitaciones abundantes, gracias a las borrascas atlánticas que la alcanzan plenamente. El pinar es el elemento dominante del paisaje, además del fayal-brezal, a pesar que gran parte del bosque fue sustituido por terrenos de cultivo, siembra de almendreros,

higueras, tuneras en zonas de costa y la viña en terrenos de monte (hasta los 1.450 mts). Hay que resaltar las grandes calvicies en el monte a causa de una tala excesiva de los pinos en siglos pasados, para la producción de brea y carbón junto con los aprovechamientos madereros para uso doméstico y la industria naval en S/C de La Palma; fue la principal actividad económica en este municipio hasta el siglo XX.



FIG. 1.—Puntagorda – Isla de La Palma.

PUNTAGORDA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX. DESARROLLO DE LA MUJER EN UNA SOCIEDAD RURAL

La emigración

Prácticamente, los vecinos del municipio puntagordero, no experimentaron un cambio muy notorio en su nivel de vida hasta que comenzó la emigración masiva por parte del campesinado con menos recursos económicos. En los comienzos del siglo XX la mayoría de estas salidas fuera del municipio se dirigían a Argentina y principalmente a la isla de Cuba; después de la guerra y hasta finales de los años '70, el destino preferido fue Venezuela, a donde se dirigieron los canarios incluso desde Cuba. La ruta entre Canarias y Venezuela estaba cubierta por varios trasatlánticos entre los que estaban Begoña y Montserrat que fueron construidos en Baltimore como buques de carga y luego transformados por la empresa italiana Sitmar Line en buque de pasajeros con los nombres Castelbianco y Castell Verde antes de ser adquiridos por la Compañía Trasatlántica Española en 1957, que los rebautizó. Estos barcos tenían unos 139 metros de eslora y 19 metros de manga.

Debido a la emigración masiva por motivos económicos, Puntagorda contaba con más mujeres que hombres, así que tanto las labores del campo como las domésticas, contaban con la presencia femenina de forma permanente; lo mismo sembrar, que recoger la cosecha, que varear almendreros, que segar, que recoger y secar higos, que vendimiar, que pastorear, que ordeñar, que atender a los animales, que ayudar en labores de construcción, que atender la familia y mandar a los niños a la escuela.

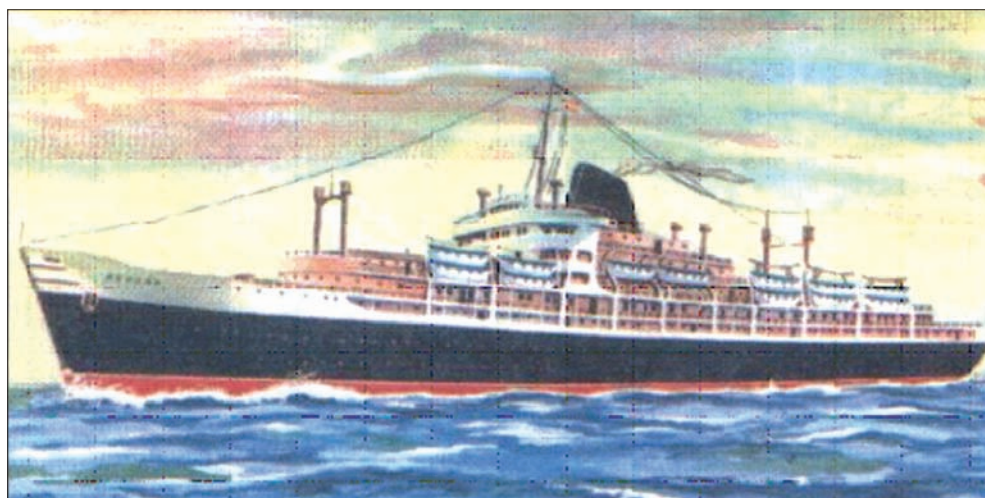


FIG. 2.—Trasatlántico Begoña.

Bodas por poder

La emigración generó, en algunos casos, que estos hombres solteros conocieran a su futura compañera a través de las «*bodas por poder*» según las cuales, el futuro marido que se encontraba en el extranjero, se servía de alguien que le representaba en el juzgado y luego la mujer, normalmente muy joven, viajaba acompañada por algún conocido a reunirse con su cónyuge de quien era completamente dependiente, pues era joven, sin experiencia en la vida, sin familia, sin amistades y al principio sin conocidos. Debido a que muchas veces no se conocían personalmente, sino por referencias de sus propios familiares a través de cartas y fotos, en más de una ocasión hubo alguna decepción por ambas partes, pero normalmente el matrimonio iba bien.

Protagonismo de la mujer

La mujer tuvo un rol, aunque silencioso, muy vanguardista para la época, en las zonas rurales; algunas formaron pequeñas empresas individuales o familiares para poder mantener a sus hijos y ofrecerles alguna posibilidad de estudios, ejemplo de ello, es la primera panadería privada de Punta-



gor-da que estaba junto a la casa de Santiago Soldado en el barrio Cuatro Caminos, regentada por mujeres. Otro caso conocido es la panadería de Eleuterio en el Topo, en la que trabajaban él, Marcelina que era su mujer y las cuatro hijas.



FIG. 3.—Mujeres con mercancía de intercambio.

Muchas eran las mujeres que hicieron del trueque, su negocio; así iban desde Punta-gorda a Garafía con mercancía para intercambiarla allá y regresaban con los sacos a la cabeza con coles, papas, cereales y algún que otro «encargo» que enviaba un familiar a otro en el vecino municipio.

Una gran mayoría de estas amas de casa tenían a sus maridos en América, se levantaban muy temprano (a las dos o tres de la madrugada) e iban caminando al monte (al Reventón, al Llano de Las Ánimas) a buscar un feje de tederas o codesos para los animales (cabras, conejos, ovejas...), que traían a la cabeza y estaban en casa a la hora de mandar los hijos a la escuela, cuando ya la educación fue obligatoria; el trayecto entre ida y vuelta podía durar hasta cuatro horas sin perder tiempo, de modo que podía delegar, en alguna hija ya «grandita», la responsabilidad del cuidado de los hijos más pequeños hasta su regreso. Si los hijos no estaban en edad escolar, normalmente se los llevaban consigo para vigilarlos y mantenerlos bajo su cuidado, mientras realizaban tareas tanto en el entorno de la casa como en el campo.



FIG. 4.—Mercedes posando con su marido José María «Rafela».

Otra mujer ejemplar fue Mercedes, que vivía en el barrio del Pinar; hacía de partera y según sus propias palabras había recogido más de 5.000 niños en sus manos; tenía infinidad de fotografías que le regalaban los padres agradecidos de su ayuda, que lo atestiguaban.

Las tareas diarias de la casa

Era natural al llegar a casa después de cualquier actividad en la huerta, ya fuera en la costa o en el monte, que, mientras el marido se *tumbaba* a descansar un poco, la mujer se pusiera de inmediato a hacer las tareas domésticas que le habían quedado pendientes en la mañana antes de salir, a la vez que preparaba el almuerzo para aprovechar mejor el tiempo y que la comida saliera a su



FIG. 5.—Mujer de Puntagorda en tareas propias del verano.

hora, con la responsabilidad consabida de *llamar a comer* cuando la mesa estuviera servida; nada que decir de la *cabezadita* del marido o de los hijos varones de la casa después del almuerzo, mientras la mujer, hijas o cualquier mujer que estuviera en la casa en ese momento, se aprestaban a recoger la mesa y lavar la loza utilizada.

La responsabilidad de atender a las personas mayores de casa recaía de forma natural en las mujeres, quienes debían cuidar de sus padres, hermanos mayores, familiares con discapacidad y suegros, normalmente hasta que éstos fallecieran con las consabidas dificultades que esta tarea entraña.

Otras tareas principales que entraban dentro de su responsabilidad, consistían en moler el grano o llevarlo al *molino* o a la *molina* (*como el molino pero mecanizada*), hacer pan de cebada y cuando no había granos que moler, de raíces de helechos cocidos en los hornos de leña, que había en casi todas las casas a tal efecto, ordeñar y hacer el queso. Los tunos (fig. 5) y los higos eran muy apreciados tanto frescos como para secar y comerlos acompañados de queso o gofio, para completar la comida del cochino o complemento para las gallinas.

Con la llegada del verano, las actividades de estas mujeres se ampliaba a la siega de pajón, secado de tederas, trillar, almacenar paja para los colchones y almohadas, participar en las gallofas en el puesto que hiciera falta: bien en el trabajo directo en el campo o detrás, en el fogón preparando la comida, la cual, normalmente era de fácil elaboración: papas guisadas, arrugadas o asadas, pescado salado guisado, mojo de cilantro o de pimienta, queso, gofio amasado, higos y almendras.

Cuando estaba ocupada en las labores en el entorno del hogar, era su obligación preparar y llevar la comida desde la casa hasta donde estuviera el marido trabajando, bien fuera atendiendo la viña, dando *peones*... para lo cual, se colocaba en una *espuerta* (cesta con dos asas que en esta zona se confeccionaba con la varas del almendrero o mimbrera a diferencia de otros lugares en los que se hacía con esparto o palma) o de un *balayo* (parecido a la espuerta pero con cuatro asas), los cuales, se tapaban con un paño preparado a tal efecto en casa; el mismo, iba bordado y rematado a croché; recién planchado a la usanza de entonces, es decir, la plancha se calentaba sobre un pequeño brasero hecho para tal fin al lado del cual había un trapo para limpiar el hollín. Para dar buena impresión, las mujeres se aseaban antes de salir e iban con la ropa y las alpargatas limpias pero, cuando no las tenían, pues iban descalzas.

Se formaban pequeños grupos, cuyos miembros se hacían compañía a la hora de ir a las fuentes de los barrancos, para ir a lavar la ropa o traer baldes o barriles con agua que traían en la cabeza sobre una *suegra o rodillo*, que consistía

en un trozo de tela enrollado y suficientemente grueso, de forma tal que amortiguara el efecto del peso sobre la cabeza; los niños y no tan niños aprovechaban estas idas a las fuentes para bañarse en las charcas de esos barrancos, aunque muchas veces estas salidas las hacían a escondidas, pues para ellos era una verdadera fiesta; las mujeres también se reunían para ir a traer pasto para los animales o salir a cuidar las cabras al barranco, como esta tarea no requiere mucha atención, dedicaban este valioso tiempo para adelantar en el *borde*¹.

El borde y la misa de domingo (una actividad social)

Era difícil encontrar una casa donde no hubiera alguna pieza de tela para bordar (llamado familiarmente *el borde*: un mantel, un paño...pues era una forma de entretenimiento, a la vez que se aprovechaban los momentos de ocio para socializar y para generar unos ingresos adicionales. Era frecuente en las tardes, sobre todo en las que eran muy frías, ver reunidas a las mujeres de la casa y alguna vecina que se sumaba al grupo, haciendo una rueda, cada una con su «borde» sobre los muslos, «jaraneando» (palabra traída por los indios y que usaban para hacer burla de alguien, en tono de broma o chiste) y fortaleciendo las positivas y necesarias relaciones entre vecinos. En estas reuniones se cantaba, se romanceaba, se hacían cuentos sobre hechos reales o ficticios, se actualizaban noticias de familiares en el extranjero y se hablaba del deber de ir a misa los domingos a la que se acudía con las mejores galas puestas; a un tiempo, las señoras aprovechaban para verse, conversar y relajarse un poco y las hijas jóvenes iban para *dejarse ver* y dar la oportunidad a algún joven de su gusto. Los chicos de zapato, camisa y pantalón de domingo *no entraban*, pues era considerado como un signo de debilidad; por eso se quedaban en la plaza de la iglesia conversando y bromeando, pero estaban muy atentos a la hora de salida de las chicas del templo; normalmente a las once de la mañana. Durante la celebración de la misa, alguna joven sufría de un repentino *ataque de tos* que la obligaba a salir inmediatamente hasta la puerta del templo para no perturbar la solemnidad de la celebración, donde en escasos segundos, se cercioraba si *fulanito* estaba por allí o por el contrario, para que él supiera que ella había acudido a misa de diez².

¹ La información recopilada procede de **fuentes orales**, de vecinos del municipio de Puntagorda, Garafía y Los Llanos de Aridane.

² La información recopilada procede de: Donatila Pérez Candelario (Tila), Ricardo Candelario Pérez, María Maricel Rodríguez Pérez, Consuelo Díaz Acosta, Naudemis Rodríguez Pérez, vecinos del municipio de Puntagorda.

El «Corte» y la educación

De jóvenes, las mujeres acudían al *corte* donde aprendían a bordar y a confeccionar prendas de vestir, supervisadas por una *costurera*, generalmente una mujer joven del entorno, pero mayor que las alumnas, que había aprendido a su vez de la misma forma y «se le daba bien». Con estos conocimientos, las mujeres en casa, confeccionaban la ropa del grupo familiar y por esta causa, era muy apreciado el detalle de traer de regalo un *corte* de tela cuando alguien venía de Cuba o de Venezuela, el cual, en sus manos se convertía hábilmente en una camisa, un pantalón, una blusa, una falda o cualquier pieza de ropa interior.



FIG. 6.—Joven de la época en la máquina de coser corte.

Cuando ya fue obligatoria la educación, concretamente en el municipio de Puntagorda, el nivel educativo llegaba hasta el tercer grado de primaria y ya a finales de la década de los '50, se podían aprender ciertos temas más avanzados en el «Cuarto de iniciación profesional» donde se podían hacer, incluso, unas prácticas muy rudimentarias de soldadura con estaño que no estaban permitidas a las niñas³.

PUNTAGORDA A MEDIADOS DEL SIGLO XX

El entorno de Puntagorda

Según cuentan nuestros abuelos, era un espectáculo paisajístico ver como los almendreros formaban, en algunos lugares, verdaderas murallas que tapizaban las orillas de los caminos y todo envuelto en un aire limpio de característico olor, con bandadas de grajas, mirlos, canarios «pico rombo», horneros, cuervos, cernícalos... y de noche el lúgubre canto de las *curujas* y el incansable *chirriar* de incontables grillos que la imaginación de los niños asociaba al titilar de las estrellas.

³ La información recopilada procede de: Donatila Pérez Candelario (Tila), Audencio Candelario Martín, María Maricel Rodríguez Pérez y Consuelo Díaz Acosta.

El municipio de Puntagorda no cambió su paisaje hasta finales de los '60, con la reciente llegada del agua de galerías de Garafia en cantidad suficiente para cubrir las necesidades de las casas y de los cultivos. Los caminos empedrados se transformaron en carreteras y muchas serventías y veredas se ensanchan para convertirlas en roderas para facilitar el acceso a las propiedades. Testigos mudos de esta transformación en el barrio El Pinar son, entre otros, el camino *El Peral*, que parte de un peral que le da nombre en el viejo camino que va desde Los Cuatro Caminos al Pino de la Virgen y discurre hacia la carretera general, y se le une en forma de «Y», un ramal que va paralelo al Barranquito Hondo y llega hasta los Cuatro Caminos con el nombre de *La Caldera*. Otro es el camino *La Cancela* que discurre desde la carretera general hasta la montaña de Matos en la otra vera, es decir, en el lado norte del Barranquito Hondo con varios ramales en su recorrido como una gruesa vena que va desembocando en otras de menor recorrido; ellos y muchos otros vieron desaparecer sus antiquísimos empedrados bajo el moderno asfalto⁴.

ANÉDOTAS DE PERSONAJES DE PUNTAGORDA

Mauro León cuenta que acostumbraban a reunirse por las tardes en la *venta* de León, su padre, que estaba frente a la casa de Sebastiana y separadas por el camino La Caldera, un conocido grupo de vecinos formado por José María *Conejo* que a la sazón era *Guardia Juro*, Ciriaco, Antonio Reyes conocido como Antonio Garafiano, Felipe Viterio y Gervasio *Güevo*, hijo de José Manuel *Güevo* pues la venta era un buen lugar para reunirse a conversar brindándose con *jícaras* (trozos) de chocolate, un vaso de coñac o vino y acompañaban así el agradable y particular ambiente del lugar, en el que se respiraba una mezcla del olor del pan, embutidos y especias y, entre los convidados siempre había quien amenizaba con alguna historia, a veces real otras imaginada.

Esta tertulia ayudaba en muchas ocasiones a pasar las horas engañando al hambre. Este era el caso de Gervasio, que era medio poeta como la mayoría y contaba con frecuencia a los presentes, sus sueños que eran especialmente vívidos y llenos de detalles grandilocuentes que a todos les gustaba oír.

Anoche, decía con sus propias palabras, soñé que era general e iba al mando de un gran ejército; se perdía de vista la cantidad de soldados a caballo con uniformes de gala, espadas de brillante empuñadura, todos atentos a mi voz, a mis

⁴ La información recopilada procede de: Donotila Pérez Candelario (Tila), Ricardo Candelario Pérez, María Maricel Rodríguez Pérez, Consuelo Díaz Acosta, Naudemis Rodríguez Pérez, vecinos del municipio de Puntagorda.

órdenes y a mi mando. Cuando cruzábamos una inmensa pradera, divisamos del otro lado del río legiones de hombres a pie armados de fusiles y bayonetas, con yelmos protegiendo sus cuerpos... anoche, decía otro día, soñé que era un sultán y tenía un harén de bellísimas mujeres, de cuerpos esculturales, de andar desnudo, de exquisita sonrisa...y todos celebraban entre risas las fantasías de sus sueños...quién te va a creer que todas las noches tienes esos sueños, con tantos detalles, dijo cierta vez alguien con ánimos de descalificar y contestó el hombre, algo así como *si tu tuvieras que cenar gofio con jaramagos todos los días como yo, verías tú si soñabas o no.*

Gervasio tenía una forma particular de hablar y quizá alguien podría pensar, que tal vez hizo su contribución a la lengua castellana sin haber ido nunca a la escuela; por ejemplo, según cuenta el autor de este relato, que es un buen imitador de la forma de expresarse de las gentes, tanto en la expresión corporal como verbal, usaba con mucha frecuencia los verbos: *poder, tener y saber* que conjugaba hábilmente en Pretérito de Subjuntivo, un tiempo verbal del que hacía mucho uso y que en primera persona del singular sonaba más o menos así:

<u>Real Academia</u>	<u>Gervasio</u>
Si yo hubiera podido...	<i>Se biu pudíu...</i>
Si yo hubiera tenido...	<i>Se biu teníu...</i>
Si yo hubiera sabido...	<i>Se biu supío...</i>

También tenía frases particulares para expresar lo que sentía, valga como ejemplo:

Estoy muy disgustado... «*Tengo un dolor de payo que me reviento...*»

Felipe Viterio era otro vecino de Puntagorda que hablaba el *mismo idioma* que Gervasio, además ambos eran aficionados a la *jícora* de chocolate, al coñac y al vino; razón común que los reunía cada tarde en la *venta de León*.

Felipe Viterio, como tantos otros, bajaba con frecuencia al mar a pescar y era natural pasar una o mas noches esperando los mejores momentos para las *viejas* y las *bogas*; éstas últimas eran muy apreciadas pues su usaban como *engodo* para *coger* morenas en el callao y mientras estaba en la faena, escuchaba por encima de su cabeza, el graznido del TAPAGAO, un ave marina de hábitos nocturnos que se paseaba por encima de los pescadores de Gutiérrez y los del Puerto esperando restos de pescado, en cuyo graznido se adivina precisamente, la palabra que le mereció el apodo.

También cuenta que a la sazón *Paco el de Tomasa* estaba *enamorado* con la hija de Felipe Viterio y Natividad (hermana de Gervasio) y como las jornadas

de trabajo las hacía muy largas, iba a visitar a la joven en cuestión, bastante tarde. A Felipe Viterio esta situación no le gustaba mucho, mejor dicho, no le gustaba nada y un día se armó de valor y le *salió* al que después fue su yerno diciéndole algo que sonaba así: «*Te vi dicho una cosa, vi viníu a enamorar más temprano, porque yo TAPAGAOS en mi casa no vi queríu*»⁵.

Juan *Candajo* era otro personaje muy conocido en Puntagorda. Cualquiera hubiera pensado que era mudo porque no le gustaba hablar, al menos no lo hacía con cualquier persona que se cruzase con él en el camino; eran muy pocos aquellos que recibían respuesta a un «*buenas tardes*» y menos aún aquéllos con los que se detenía a conversar; sin embargo, a las pocas personas con las que le apetecía hablar, les dejaba entrever un grado particular de cultura, pues era uno de los pocos vecinos de su edad, que sabían leer.



FIG. 7.—Juan Candajo, vecino de Puntagorda

⁵ La información recopilada procede de: Mauro León Rodríguez Díaz, vecino de Puntagorda.

CONSTRUCCIÓN DE DEPÓSITOS HÍDRICOS

Con algunas mejoras en las herramientas (picos, palas, azadas, marrones y cuñas entre otros), debidas a que la necesidad y la falta de recursos agudizan el ingenio del ser humano, el difícil medio donde vivían y el aumento poblacional obligaron a ampliar la reserva de los recursos. La gente en general, comenzó a dejar las fuentes que siempre estaban lejos y no eran suficientes para abastecer las necesidades hídricas, por ello, a lo largo del siglo XX, se intensificó la construcción de aljibes y estanques para satisfacer las necesidades de agua de la casa y poder incrementar el número de animales domésticos como cabras, ovejas, vacas, cochinos, conejos y gallinas para que, además del consumo propio, fuera posible conseguir algunos ingresos extra; así en lugar de llevarlos a las fuentes en unos casos o llevar el agua a cuestas en odres o «falos», en otros, se les daba de beber en el dornajo colocado a tal efecto en la orilla, cuando no, en una pared de la misma aljibe.

Ya construida la aljibe el siguiente problema era llenarla. La lluvia era generosa y abundante (algunos años) así que cuando iba a llover, todos en casa tomaban la precaución de colocar *machos de agua* o surcos labrados en el suelo, complementado con hileras de piedras en el camino para desviar el curso de la corriente, taponando los huecos entre ellas con sacos y trapos viejos.

Un buen año de lluvia llenaba la aljibe hasta «el embornal», si no, había que traer el agua desde el pozo de la costa que aunque era salobre servía para lavar la loza y la ropa, pues las fuentes en los veranos largos se secaban.

La gente más adinerada usaba bestias para acarrear los odres o los garrafones con el agua, el resto tenía que hacerlo a hombros o en la cabeza para lo cual se servían de pequeños envases de lata de los que venían con el aceite, pues cuando quedaban vacíos eran fáciles de transportar debido a su tamaño; también se usaban odres de piel o garrafones con este propósito⁶.

CONOCEDORES DEL TIEMPO

Los puntagorderos, como buenos campesinos, tradicionalmente han sido buenos observadores y por ello, buenos conocedores del tiempo; analizando la luna y algunos fenómenos atmosféricos como el tipo de nubes que cubría la cumbre o la costa en determinados momentos del año, la orientación de las nubes, la aparición de celajes... sabían si iba a haber tiempo propicio para las cosechas de papas, verduras, cereales...

⁶ La información recopilada procede de **fuentes orales** de vecinos del municipio de Puntagorda, Garafía y Los Llanos de Aridane.

De manera que cuando se preveía *buen tiempo*, se sembraban principalmente papas, desde el mes de septiembre y se podían recoger dos cosechas hasta marzo y si se aprovechaba la frescura y la humedad del suelo hasta una tercera, siempre que fuera en zonas altas o en los frescales de los barrancos, de modo, que si era *un buen año* se podía recoger cantidad suficiente, para el consumo propio, para la semilla de la próxima cosecha y para vender. Aún hoy se observan limoneros y naranjeros del país abandonados en el fondo del barranco de Izcagua, indicando que alguien sembraba allí otros productos en esas épocas que se pierden hacia atrás en el tiempo.

EL CURANDERO

Nuestros vecinos creían *en el mal de ojo* y se curaban visitando al curandero o curandera que con rezos poco conocidos, aplicando la señal de la cruz al afectado en varias partes del cuerpo y con mucha fe por ambas partes lograban controlar el mal.

También eran conocidos por los puntagorderos otros remedios mágicos; por ejemplo, para curar la *carne abierta* causada por el esfuerzo al tratar de levantar objetos pesados, el curandero cosía un paño al tiempo que hacía unos rezos secretos en presencia del afectado y con la infalible ayuda de la mucha fe, el afectado mejoraba en un par de días⁷.

ESTRUCTURA SOCIAL

Como en muchos otros sitios, Puntagorda estaba dividida en ricos y pobres; a lo sumo un par de familias eran dueñas de las fuentes de trabajo y los negocios y el resto eran personas con muy pocos ingresos, pocas propiedades donde conseguir la comida de la familia y aún si las tuvieran, la falta de agua, lo hacía inviable. Esa circunstancia generaba una gran injusticia social; por ejemplo, la jornada de trabajo tenía el mismo precio en invierno que en verano y como era *de sol a sol*, es decir, desde la salida hasta la puesta del sol, en el verano eso se traduce en muchas horas de trabajo.

Hay anécdotas tenebrosas que dejan claro que las diferencias sociales eran abismales, como por ejemplo, se cuenta que Lorenzo Rodríguez Pérez, que era un niño vecino del El Pinar, un día le llevaron a la bodega de los Venteros (familia muy influyente en el municipio) en La Travesía por debajo del Reventón

⁷ La información procede de Ruperto Manuel Acosta Díaz y Marcelo Sanfiel, vecinos del municipio de Puntagorda y Los Llanos de Aridane.

de Puntagorda, pues, como era pequeño, podía entrar con facilidad a remover las «madres» de una pipa. Al agitarse, los vapores del alcohol hicieron perder sentido al niño, que sufrió un *desmayo*.

Entre la ignorancia y el susto lo sacaron, pensando que estaba muerto. A fin de que no interviniera guardia civil y sus padres temiendo represalias laborales, lo enterraron ese mismo día. Se cuenta que tiempo después al abrir el cajón se encontró que el niño se había dado vuelta y había signos de arañazos en la tapa del ataúd⁸.

FIESTAS Y CORTEJOS

El isleño estaba preparado, aunque normalmente *no por las buenas* para sobrevivir en un medio difícil, corren años duros en el pasado de Puntagorda hasta donde se pierde la memoria, por eso era necesario esquematizar el año y adaptar las tareas para la subsistencia a sus cuatro estaciones.

Cabe destacar que, a pesar de las privaciones, la juventud, como en todas las épocas, era alegre y fiestera; cuenta León, vecino de Puntagorda, que tuvo en sus años mozos un romance con una joven en Franceses y que en varias ocasio-



⁸ Información recopilada de: Ángela Rodríguez Pérez (Lita, hermana del niño Lorenzo)



FIG. 8.—Fiesta de carnavales en Los Cuatro Caminos.

nes salió de alguna fiesta después que el sol y volvía caminando hasta Puntagorda y empataba la jornada de trabajo hasta el final del día. Ese es un caso particular aunque frecuente entre la gente joven que ilustra el comportamiento juvenil de la época, es decir, fiestas por una parte y el trabajo duro por la otra.

El sistema de trabajo más utilizado era la gallofa, se organizaban hombres y mujeres en grupos aparte, para ayudarse unos a otros a modo de trueque, ya que escaseaba el dinero con que pagar y se pagaba con el mismo trabajo, donde todos salían beneficiados: vendimia, recogida de almendras, siembra de papas, segado de pajón y la trilla del grano entre muchas otras. Normalmente, después de la jornada de trabajo, la juventud echaba mano de alguna guitarra o acordeón; con eso y la alegría de vivir que se lleva por dentro, bastaba para hacer animadas reuniones bailables, mismas que servían de ocasión para la proximidad física y el cortejo. Cabe destacar, que las visitas de los pretendientes a la casa de las jóvenes no estaban bien vistas hasta el momento en que el candidato hablara con los padres formalizando así la relación y era entonces cuando se le fijaban los días de visita, que por regla general eran los domingos y alguna vez también los martes; el resto del tiempo las hijas estaban muy controladas por sus padres. Los noviazgos duraban alrededor de un año y la edad de las mujeres *casaderas* iba desde los catorce hasta los diecisiete en un elevado número de casos⁹.

⁹ Información recopilada de: Francisca Celia Pérez Cáceres, Agapita Rodríguez Pérez (Nela), Dominga Rodríguez Pérez, Eugenia Pérez Martín Francisco López Rodríguez, Ruperto Manuel Acosta Díaz, vecinos de los municipios de Puntagorda y Los Llanos de Aridane.

ANÉCDOTAS DEL INVIERNO

El invierno, esa estación que ahora, románticamente, nos muestra la televisión con una casita de cuya chimenea sale una espiral de humo, con luces que resplandecen a través de las ventanas, la nieve cayendo fuera mansamente y todos respirando un plácido y relajante aire familiar sin nada que ir buscar más allá de la puerta de salida, no tiene nada que ver con la realidad de esos tiempos idos.

El invierno del pasado siglo era temido por su inclemencia; ni la gente, ni las casas estaban preparadas para el crudo invierno, valga decir que contra la lluvia era frecuente el uso de un saco con forma de *cucurucho* sobre la cabeza y que a su vez caía sobre la espalda.

Era obligatorio salir a buscar la *comida de los animales* todos los días, por eso se enfundaban en sus alpargatas de tela y con la «podona» y una buena sogá se echaban al monte en busca de tagasastes, tederas, hinojos y cualquier cosa verde que les sirviera de alimento. Al amanecer, la hierba se veía cubierta de una capa blanca del rocío que se había helado y que delataba la temperatura a la que iban a quedar las manos ya que los pies la habían alcanzado antes pues las *pan-tuflas* ya se habían mojado completamente. A la hora de apretar la sogá alrededor del *feje* la situación se ponía difícil, pues los dedos a punto de congelación se agarrotan y no dejan cerrar las manos para hacer fuerza al tirar de la sogá. Por eso era tan apreciado *el fogón* de la cocina para reunirse a conversar al llegar del campo o mientras se estaba en casa.

Se cuenta que cierta vez dos vecinas del Topo fueron al monte a buscar comida para las cabras y después de estar un rato entre la hierba mojada, podona en mano, una de ellas de nombre Concha que vivía en el Topo del Drago, comenzó a tiritar y a botar espuma por la boca; la otra compañera de nombre Teresa al verla en ese estado se percató del estado de hipotermia y se acercó corriendo a unos vecinos que estaban trabajando cerca, les pidió un vasito de vino y les explicó rápidamente la situación; después de beber este *remedio santo* para disfrazar la sensación de frío, Teresa le frotó las manos hasta que se recuperó y como si nada hubiera pasado las mujeres cogieron sus respectivos fejes de tagasastes y tiraron para su casa como cualquier día normal de trabajo.

La tarea de ir a buscar *pasto para los animales* era de cumplimiento obligado durante todo el año en todas las casas, pues era necesario criar algunas cabras para poder disponer de leche y queso, conejos y las gallinas que se alimentaban con los restos de la comida de la casa que consistía en conchas de papas, vainas de habas, sobras del potaje...entre otras cosas y así se podía contar con huevos y carne además de la de cerdo, tan reconfortante en los días de frío;

prácticamente, en la totalidad de las casas se criaban uno o dos cochinos y la parte que no era indispensable consumir de inmediato se salaba y se guardaba en barricas destinadas a tal fin y esa carne se usaba para preparar los potajes a base de trigo, verduras y algo del tocino guardado. La carne que no se podía almacenar, se comía asada el mismo día de la *matazón* para la cual se organizaba una reunión entre familiares y algunos vecinos, quienes ayudaban a descuartizar el cerdo y preparar el tocino para salar y a hacer las apreciadas morcillas.

Se tenía por costumbre llevar a los vecinos, un trozo pequeño, como un pincho, de *hila* asada. Se enviaba por una persona de confianza o por uno de los muchachos de la casa¹⁰.

La información suministrada en esta narración se ha obtenido de las consultas a:

FUENTES ORALES:

- CANDELARIO MARTÍN; Audencio (Godo); 79 años.
- RODRIGUEZ PÉREZ; Agapita (Nela) 84 años.
- PÉREZ PÉREZ; Dominga; 84 años.
- CANDELARIO PÉREZ; Ricardo; 80 años.
- RODRÍGUEZ PÉREZ, María Maricel; 68 años.
- PEREZ CANDELARIO, Donatila; 79 años.
- PÉREZ MARTÍN, Eugenia; 86 años.
- CANDELARIO MARTÍN, Adrián; 75 años.
- PÉREZ CÁCERES, Francisca Celia; 86 años.
- SANFIEL, Marcelo; 79 años.
- DIAZ ACOSTA, Consuelo, 89 años.
- RODRIGUEZ DÍAZ, Mauro León; 57 años.
- RODRIGUEZ PÉREZ, María Naudemis; 64 años.
Todos ellos vecinos del municipio de Puntagorda.

- LEAL RODRÍGUEZ, Juan; 90 años.
Vecino del municipio de Garafía.

- LÓPEZ RODRÍGUEZ, Francisco; 96 años.
- ACOSTA DÍAZ, Ruperto Manuel; 88 años.
- RIVEROL GONZÁLEZ, Tomás Santiago; 68 años.
Vecinos del municipio los Llanos de Aridane.

¹⁰ La información recopilada procede de fuentes orales de vecinos de los municipios de Puntagorda, Garafía y Los Llanos de Aridane.